

pio que tuve que recorrer un largo camino desde ese momento hasta que llegué a estar en condiciones de escribir un verdadero libro que, como casi todos los que he escrito después, fue una novela. Por eso, ahora me gustaría hablaros de lo que es una novela.

Ya sé que vosotros no necesitáis que yo os lo explique, que lo sabéis de sobra vosotros también, pero la propia existencia de la novela como género se debate con insistencia en los ambientes literarios desde hace bastante tiempo. Y no lo hacen sólo los críticos. Incontables periodistas, y novelistas tan influyentes como Eduardo Mendoza, Carlos Fuentes, José Saramago o Tom Wolfe se han ocupado de vez en cuando, durante los últimos años, de anunciar su muerte como género literario, en algunas ocasiones como víctima de la irresistible influencia de los medios audiovisuales en la cultura contemporánea, y en otras, como consecuencia de su propio agotamiento.

Este tema, que se arrastra al menos desde la década de los 60, cuando ya inspiró movimientos como el *nouveau roman* francés, suele articularse alrededor de un argumento que yo, desde luego, no voy a rebatir. Asumiendo que el siglo XIX representó la edad dorada de la novela occidental, y vaya si lo fue, los profetas de su muerte suelen justificarse diciendo que ya no se pueden escribir novelas como las de entonces, y tienen toda la razón. En primer lugar, porque en el siglo XIX, la literatura era muchísimo más importante que ahora. Entonces, representaba la única puerta hacia lo maravilloso que existía, y que estaba al alcance de buena parte de la población, pero hoy cualquiera tiene en su casa seis o siete puertas hacia lo maravilloso menos trabajosas, más inmediatas, de acceso gratuito y a todo color.

Por eso, y por desgracia, los novelistas ya no podemos ser salvajes e inocentes, como fuimos una vez, y cuando pensamos en la literatura, no se nos aparece la imagen de una inmensa estepa fértil y despoblada, un paisaje africano con algunos árboles aislados donde pastan las jirafas y, si acaso, al fondo, una manada de elefantes perturbando apenas la grandiosidad de un atardecer rojizo y caliente. Aquellos mundos que pedían a gritos ser colonizados se han convertido en la fotografía de una autopista urbana repleta de semáforos, placas de dirección prohibida y carriles de sen-

tido obligatorio, que puede estar aquí mismo, pero siempre parece proceder de Los Angeles, California. Así que es evidente que ya no podemos escribir novelas como las que se escribían en el siglo XIX, pero eso, en mi opinión, no significa gran cosa. Tampoco los puentes se construyen ahora como en 1850, y sin embargo, cuando hace falta salvar la distancia que media entre las dos orillas de un río, se levanta una estructura permanente que ya no es de hierro, de piedra o de madera, sino de acero y hormigón combinados con toda clase de materiales sintéticos que se inyectan en el subsuelo con una maquinaria digna de cualquier película de ciencia-ficción, pero a la que no se le puede dar otro nombre que el de puente, entre otras cosas, porque eso es lo que es, un puente.

A estas alturas, creo yo, el único certificado de defunción que se puede extender con una certeza absoluta, es el de todos los movimientos literarios que intentaron sustituir los patrones narrativos clásicos por experimentos basados en la ruptura del lenguaje y la renuncia al argumento. A partir de aquí, no es arriesgado pronosticar que la novela, con más lectores y más prestigio que los que había gozado en mucho tiempo, no solamente no morirá, sino que podrá llegar incluso a resucitar en el más lujoso de sus ropajes si, como parece indicar la trayectoria de muchos novelistas contemporáneos en la mayor parte de los países occidentales, en el futuro acierta a recuperar la ambición, el afán globalizador de reproducir mundos completos, que la hizo grande en el XIX, incorporando todos los progresos que han desarrollado las novelas del siglo XX. Al fin y al cabo, muchos críticos actuales han establecido ya, entre los rasgos más característicos de la literatura posmoderna, es decir, la que se está escribiendo ahora mismo, tendencias tan teóricamente trasnochadas como la recuperación de los géneros tradicionales y el retorno a la narrativa, es decir, a la pura capacidad de contar historias. Esto debería suponer un indicio suficiente de la dirección en la que apunta el futuro, por más que todavía haya mucha gente que ignore que, en literatura, el término «modernidad» es tan viejo que se formuló, precisamente, en la segunda mitad del pobre siglo XIX.

Reflexionar sobre el estado y el destino de la narrativa como género, analizar los rasgos que la definen esencialmente y com-

probar hasta qué punto se reflejan o no en el trabajo de cada cual, acaba siendo una tarea indisociable del propio trabajo de escribir, sobre todo porque el principal de los obstáculos que plantea la condición de novelista, y que representa al mismo tiempo el principal de sus privilegios, consiste en la inmensa soledad que implica. La soledad es la gloria y la miseria de este oficio, y aprender a gestionarla, para extraer sus ventajas y esquivar sus inconvenientes, el aprendizaje fundamental de quienes nos dedicamos a escribir novelas. Probablemente vosotros no os habréis parado nunca a pensarlo pero, entre todos los creadores, los novelistas debemos ser quienes estamos más solos, durante más tiempo. Y no me refiero a que el periodo mínimo que puede considerarse razonable para escribir una novela sea, por lo general, más largo que el que se puede asignar a la creación de un cuadro o de un libro de poemas, sino al carácter necesariamente unitario, compacto, monolítico, que define –o, al menos, debería definir– la propia esencia de cualquier novela. Un poeta puede escribir un libro durante toda su vida, y a un músico, por cambiar de ejemplo, le puede pasar lo mismo con una pieza determinada pero, mientras avanzan en su trabajo, ambos van concluyendo por fuerza fragmentos de su obra que constituyen en sí mismas pequeñas obras completas. Una orquesta puede ejecutar un único movimiento de una sinfonía inacabada, un lector puede leer un solo poema aislado, y ambas experiencias tienen sentido en sí mismas. Los artistas plásticos, pintores y escultores, pueden también mostrar sus trabajos mientras los están haciendo, y ofrecen a sus espectadores algo concreto, tangible, real. Sin embargo, una novela incompleta no es nada. Y con esa nada nos peleamos los novelistas durante años enteros, sin otro testigo que nosotros mismos, ni otro crítico que el lector que llevamos dentro.

La relación que se establece entre el novelista y la novela que está escribiendo o, al menos, la que establezco yo con mis libros, se parece mucho a la construcción de una casa. El simple hecho de empezar, después de muchos meses, a veces incluso años, de preparativos, de esquemas, de cálculos, reúne en sí mismo una dosis de euforia y otra de incertidumbre. El horizonte de tiempo preciso para terminarla no se contempla ni con angustia ni con pereza, y aunque pueda llegar a inspirar una cierta impaciencia, ni siquie-